





# Las milicias quiteñas: su dimensión histórica en el ocaso de la colonia

*Kléver Antonio Bravo*

Historiador. Master y PHD (c) en Historia. Universidad Pablo de Olavide. Sevilla. España.

## *Una visión general*

No estaría lejano pensar que Hispanoamérica haya tenido un nacimiento militar. La presencia de los conquistadores dejó a la historia la imagen de un grupo de hombres armados, unos a caballo y otros a pie, pero todos cargando un arma: espada, fusil, ballesta o alabarda. Este cuadro daría mayores luces para recordar que las milicias coloniales tuvieron su amanecer en el desenlace de la Conquista, en el uso de las armas traídas desde la Península y en los pleitos domésticos que se dieron entre los conquistadores.

Con el paso del tiempo, el poder hispánico tendría que dar el frente a otra amenaza que

nacía fuera del entorno urbano: los levantamientos indígenas<sup>1</sup>. Esto obligó a la creación de milicias lideradas por vecinos españoles, quienes debieron aplicar tácticas incipientes para defender su poder y sus bienes. Avanzado el período colonial, a la misión defensiva se sumaba la misión punitiva para reprimir a los indios rebeldes, específicamente cuando los milicianos eran escolta de las expediciones religiosas en las «correrías de infieles»<sup>2</sup>. Así es como las milicias se fueron organizando dentro de un escenario provincial, creándose de la noche a la mañana regimientos y batallones al mando de potentados y comerciantes cuya tropa estaba constituida por sus peones y empleados en calidad de subalternos.

Uniformes de la Independencia. De izquierda a derecha: Artillero, Guardia de honor del Libertador, Lancero, Infante. Museo del Colegio Militar Eloy Alfaro de Quito. AHBCE

Aquellas milicias estaban compuestas por hombres entre los 15 y 45 años de edad, de «suficiente robustez» y sometidos a un reglamento y períodos limitados de instrucción militar, por lo que se les denominaban milicias disciplinadas o milicias provinciales debido a que se acercaban a la acción operativa del ejército regular<sup>3</sup>. En tiempo de paz, apoyaban al mantenimiento del orden público, en la seguridad durante el traslado del dinero de los tributos y metales preciosos y una que otra tarea ocasional solicitada por la autoridad de turno, como por ejemplo, la expulsión de los jesuitas a través de un operativo «secreto, sincronizado y sin precedentes», llevado a cabo el 20 de agosto de 1767<sup>4</sup>.

Uno de los rasgos más singulares era que las milicias eran muy baratas<sup>5</sup>: primero porque no cobraban sueldo fijo; segundo, el forraje —o alimento para los caballos— era abastecido con los recursos locales; y, tercero, los uniformes eran donados por sus jefes. De allí que su crecimiento en filas tanto como su capacidad de combate no eran sinónimo de eficacia; sin embargo, eran la palanca ideal para la promoción social de sus jefes.

En cuanto a su entrenamiento militar, las milicias usualmente lo hacían los días domingos, luego de misa, gracias a la ayuda ocasional de un oficial del Ejército regular<sup>6</sup>. Estas prácticas se las hacía en la plaza central de la ciudad o del poblado, por lo que las marchas, saludos y manejo de armas era la novedad de los domingos. En honor al corto tiempo del entrenamiento, apenas se cubría con las tácticas básicas y la instrucción de desfile para levantar la moral de la población, tomando en cuenta ciertas fechas de celebración católica o pública. Y si la suerte y el temporal estaban a su favor, los milicianos podían realizar una

lección práctica del uso del armamento con diez tiros por cada soldado.

### *Las milicias en la Real Audiencia de Quito*

De forma específica se ha de mencionar que las milicias quiteñas tenían tres misiones concretas: la defensa de Guayaquil ante los ataques de los piratas, la represión a los levantamientos indígenas en la Sierra y la defensa territorial frente a las invasiones portuguesas en la zona del Marañón desde finales del siglo XVI.

Con el susto causado por los ingleses el 3 de diciembre de 1739, día en que se tomaron el puerto panameño de Portovelo, el 9 de enero de 1740, don Joseph de Araujo y Río, Presidente, Gobernador y Capitán General de la Audiencia de Quito, reunió a la Junta de Guerra para organizar una movilización general y el envío de armas y pertrechos a Guayaquil, pues no era tanto la seguridad del Puerto lo que le preocupaba sino el transporte de los 600 cajones que contenían el tesoro desde Guayaquil hasta Quito y que inicialmente estaba destinado a la feria de Portovelo. Con esta convocatoria, Quito se hizo presente con 300 armas de fuego, entre fusiles, mosquetes y arcabuces; Latacunga, Ambato, Riobamba, Chimbo y Cuenca con milicianos; Babahoyo y Guaranda con 540 mulas y Lima con 14 cañones calibre 12, 500 balas y 6.000 libras de pólvora. Con exceso de gente y déficit de armamento, el tesoro llegó a Quito el 9 de agosto, al mando del oidor decano, don José Llorente<sup>7</sup>.

Otra noticia que causó incertidumbre en la Audiencia fue la toma del puerto de Paita, operación realizada por los ingleses al mando del vicealmirante George Anson, el 24 de

noviembre de 1741 a las dos de la madrugada. Para esto, el encargado de la defensa del puerto de Guayaquil, don Juan Miguel de Vera, capitán de fragata y Comandante General de Guerra, envió refuerzos desde la villa de Riobamba y los asientos de Chimbo, Ambato, Latacunga y Alausí. Para curar esta incertidumbre y tener a la plaza de Guayaquil a buen recaudo, reunieron a las milicias comandadas por oficiales castellanos y «hombres buenos»; además se recopilaban 138 bocas de fuego, entre escopetas, trabucos y arcabuces que fueron entregados a don Fernando Sánchez de Orellana, maestre de campo. Para estas operaciones defensivas, Juan Miguel de Vera continuaba al mando, aparte de que se nombró a Jorge Juan como segundo comandante de toda la gente de guerra y Antonio de Ulloa, tercer comandante<sup>8</sup>.

Por Real orden del 26 de agosto de 1774, en Guayaquil fue aprobado el establecimiento de milicias regladas al mando del capitán don Víctor Salcedo, el mismo que se comprometió a uniformar a sus soldados, entre blancos y morenos. Una de las gestiones previas a la organización de las milicias locales fue que en 1782 se realizó una especie de censo poblacional con la gente de Guayaquil, Samborondón, Baba, Daule, Puná y Yaguachi; pues se requería saber el número de vecinos del pueblo y de sus inmediaciones, clasificados entre blancos, pardos y morenos, tomando en cuenta su trabajo, residencia, si se empleaban en labores del campo o pertenecían a familias «decentes y acomodadas» para que tengan la consideración de oficiales;<sup>9</sup> así es como se formaron en Guayaquil un batallón de blancos, otro batallón de pardos, una compañía de artillería y un escuadrón de dragones<sup>10</sup>. Este escuadrón resultó ser el menos desorganizado por haber

asumido la responsabilidad de cuidar el frente marítimo con una fuerza compuesta por: 2 capitanes, 4 tenientes, 11 sargentos, 6 tambores, 28 cabos y 28 soldados.

De esta organización brillaron algunas propuestas: en Babahoyo se recomendaba formar una compañía suelta al mando de don Damián de Badaraco, quien ofrecía uniformar a la tropa con la ayuda del teniente Manuel Capilla y del subteniente Josef Campusano; en Palenque, una compañía suelta al mando de don Jossef Bustamante, teniente Jossef Zoto y subteniente Jossef Morán; en Daule, una compañía suelta liderada por don Ignacio Ximenes y su hermano, el teniente Manuel Ximenes<sup>11</sup>. Lo cierto es que muchas propuestas brillaban de emociones y proyectos a la ligera. Del resto de unidades milicianas se sabe que en el papel eran numerosas, pero en el momento preciso eran de poca utilidad debido a su limitada organización, escasez de armamento, poco entrenamiento y sobretodo la manipulación política<sup>12</sup>.

Volviendo al caso de Guayaquil y su provincia, en 1779 había milicias sueltas sin la menor pensión del Real erario. Estas fuerzas se encontraban dispersas en la ciudad y demás pueblos (Baba, Babahoyo, Daule, Puná y Palenque), sumando un total de 2.670 hombres, entre oficiales, tropa y gente de varios servicios, distribuidos en 40 compañías pertenecientes a los siguientes repartos y sus planas mayores:

- Batallón de Infantería de Blancos
- Batallón de Infantería de Pardos
- Regimiento de Dragones
- Compañía Suelta de Infantería<sup>13</sup>.

Por la misma época, en Quito se organizó el Regimiento Provincial de Milicias de Infantería, el mismo que estaba compuesto por dos batallones que sumaban un total de 918 milicianos distribuidos de la siguiente manera:

*Primer batallón*

Comandante, don Manuel Guerrero, teniente coronel de los Reales Ejércitos  
 Primera compañía de granaderos  
 Ocho compañías de infantería <sup>14</sup>.

*Segundo batallón*

Comandante, teniente coronel Joaquín Sánchez de Orellana  
 Segunda compañía de granaderos  
 Ocho compañías de infantería.

Una gran organización de milicias habría quedado en el papel, fue elaborada por don Ramón García de León y Pizarro, teniente coronel de los Reales Ejércitos y Gobernador de la Plaza de Guayaquil. Este documento abarcaba un total de 1.366 milicianos distribuidos en los siguientes repartos:

- Batallón de Voluntarios Blancos, 585 hombres
- Batallón de Voluntarios Pardos, 585 hombres
- Escuadrón de Dragones, 196 hombres <sup>15</sup>.

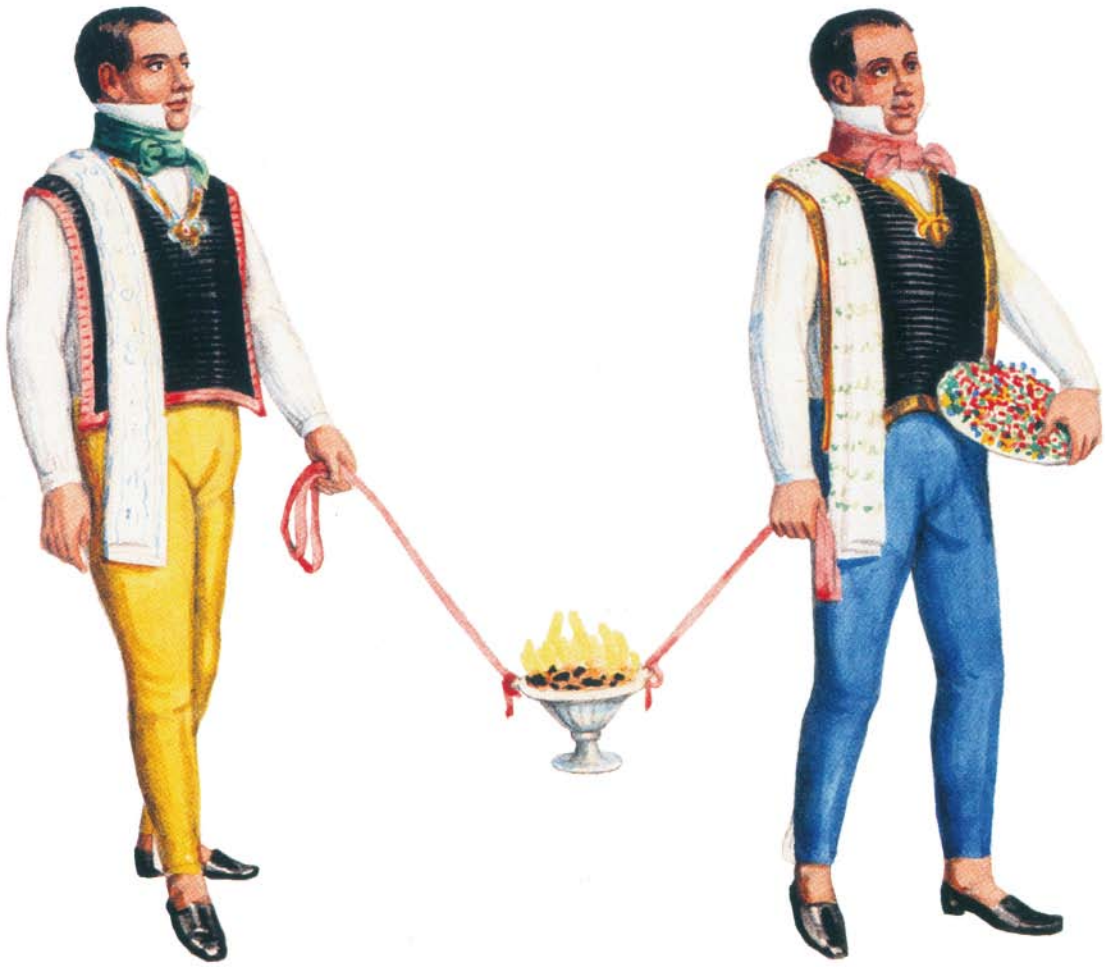
Con seguridad, las milicias de esta época ya tenían un poco más claro el panorama de su misión, incluso eran menos improvisadas por cuanto creían tener la capacidad de sustituir a las tropas regulares, a pesar de que no estaban amparadas en un presupuesto asignado por la Corona. Empero estaba de por medio el honor

y el servicio al Rey, rasgos medievales que se ponían de manifiesto por la «buena voluntad», en ciertos casos, otros por el interés en la escala social. Así como se reflejaba el idealismo, posiblemente corrían también intereses que terminaban en la compra-venta de jerarquías y títulos nobiliarios a través de estas milicias. Alexander von Humboldt, luego de haber observado la realidad de la colonia tardía, dejó la siguiente nota:

No es el espíritu militar de la nación sino la vanidad de un pequeño número de familias, cuyos jefes aspiran a títulos de coronel o de brigadier lo que ha fomentado las milicias en las colonias españolas... Asombra ver, hasta en las ciudades chicas de provincias, todos los negociantes transformados en coroneles, en capitanes, en sargentos mayores. Como el grado de coronel da derecho al título de Señoría, que repite la gente sin cesar en la conversación familiar, ya se concibe que sea el que más la felicidad de la vida doméstica, y por el que los criollos hacen los sacrificios de fortuna más extraordinarios <sup>16</sup>.

*Milicias y levantamientos indígenas*

Con la ejecución de las denominadas reformas borbónicas durante el período de Carlos III, se vino a formar en la Sierra quiteña un ambiente de incertidumbre y tensión, debido a que se regó la noticia sobre un censo indígena. La noticia de aquel registro poblacional causó una serie de rebeliones indígenas, especialmente en la villa de Riobamba, donde «los vecinos indígenas comunicaron a sus líderes que el oidor, don Félix de Llano, no solamente realizaba la tan odiada numeración, sino que esclavizaba a los hijos de los indios y les herraba los rostros con estigma de siervos...» <sup>17</sup>. Con esta noticia que se dispersó por todo el corregimiento riobambeño, se dio una



sublevación indígena el 7 de marzo de 1764, Miércoles de Ceniza, y se prolongó varios días con la amenaza de ser destruida la ciudad por una muchedumbre de entre 10.000 y 13.000 indios armados de piedras, palos y hondas <sup>18</sup>.

Esta revuelta no tuvo el éxito deseado por sus protagonistas; sin embargo, dejó sentada en la población blanco-mestiza una sombra de incertidumbre y temor, lo que obligó a adoptar medidas de seguridad amparadas en las «milicias de blancos». Según informes del corregidor de Riobamba, don Francisco de Vida y Roldán, las fuerzas de los blancos alcanzarían unos 2.000 hombres, siendo apenas 200 de ellos aptos para el manejo de las armas. Así es como se formaron en esta ciudad andina cuatro compañías: dos de caballería y dos de infantería, al mando de tres capitanes, tres tenientes y tres subtenientes <sup>19</sup>.

Sobre esta organización miliciana, el primer inconveniente se produjo con la escasez de armamento en vista de que no se hacía efectivo el trámite de solicitud de armas al gobierno superior de Quito por el simple hecho de que esta autoridad central «no tenía interés en formar milicias que después no podrían ser controladas». Al no tener el apoyo logístico de la presidencia, los riobambeños pusieron más empeño en los planes de defensa de su corregidor y construyeron 200 lanzas y 200 escudos, a esta tarea se sumó la fabricación de dos cañones a cargo del ingeniero francés Morainville, quien habría tomado notas y modelos en unos libros de matemáticas y ordenanzas reales, logrando fundir dos cañones para balas de cinco libras, a pesar de que las autoridades militares de la metrópoli habían dictaminado que las piezas de artillería debían ser enviadas desde España a fin de evitar que existieran fábricas de cañones en América.

El relativo éxito de la autodefensa riobambeña y el plan elaborado por el oidor, don Félix de Llano, abrieron el camino para la formación de cuerpos de milicias encaminadas a la defensa; así, don Joseph Diguja, Capitán General y Presidente de la Real Audiencia de Quito <sup>20</sup>, emprendió la formación de cuerpos de milicias voluntarias en las ciudades interandinas del territorio quiteño. Esto como un método disuasivo frente a las intermitentes rebeliones indígenas agitadas por el censo general de población dispuesto por Real Cédula del 10 de noviembre de 1776 <sup>21</sup>.

Precisamente en ese mismo año se produjo una sublevación indígena en Otavalo, por lo que los habitantes blancos de Ibarra y de aquella población afectada, organizaron varias patrullas de negros para la custodia de los caminos y seis compañías de milicias: cuatro de infantería y dos de caballería, al mando del terrateniente y corregidor, don Juan de Zarzana y Cuéllar. De acuerdo a la organización para el combate, la infantería estaba destinada a la seguridad de la población española; mientras que la caballería, compuesta por 70 hombres, realizaría una defensa móvil a fin de rechazar las incursiones de los sublevados <sup>22</sup>. Estas actitudes subversivas se calmaron con la presencia del mismo presidente Diguja, quien comandaba una tropa compuesta por la guardia presidencial y un batallón de Infantería de Milicias Disciplinadas de Quito. En este último reparto participó en la represión a los indios sublevados el capitán Juan de Salinas, de quien dicen, salió herido en una de las escaramuzas <sup>23</sup>.

Entre el entusiasmo y la necesidad de seguridad de la población blanco-mestiza de la región interandina quiteña, estos cuerpos de

milicias redondeaban un número considerable de 4.019 hombres distribuidos en los siguientes repartos:

- Quito; 1 regimiento de infantería, 2 batallones y 1 compañía de artilleros y 1 regimiento de dragones
- Ibarra, 1 batallón de dragones
- Latacunga, 1 compañía de infantería
- Ambato, 2 compañías de infantería
- Riobamba, 1 batallón de infantería
- Guaranda, 1 regimiento de infantería
- Alausí, 1 compañía de infantería
- Azogues, 1 compañía de infantería
- Gualaceo, 1 compañía de infantería
- Cuenca, 1 batallón de infantería y 1 compañía de dragones
- Loja, 1 compañía de infantería <sup>24</sup>

Otro de los enfrentamientos entre indios y milicias se dio en Guamote y Columbe (actual provincia de Chimborazo), en 1803. Aquella vez el corregidor de la villa de Riobamba, don Xavier Montúfar, hijo del segundo marqués de Selva Alegre, convocó a la compañía de dragones al mando del capitán José Larrea y Villavicencio y un grupo de voluntarios de a pie, conformando una fuerza aproximada de 400 hombres. Dicha fuerza se habría enfrentado a los 10.000 indios que estaban parapetados en el llano de Tanquis, cerca de Columbe. Luego de un reñido combate de aproximadamente una hora y media vencieron las milicias, habiendo caído prisioneros 100 insurrectos que luego fueron procesados.

Mientras las fuerzas del corregimiento de Riobamba se fusionaron para la pacificación de estos poblados, los milicianos de Ambato ayudaron en el control de las cárceles. De igual manera, Guaranda envió 80 hombres, incluso las milicias de Latacunga permanecieron

alertas ante cualquier otro foco de rebelión indígena. Según declaraciones posteriores de Marcos Puma, cacique del sector, fue de gran aporte en la pacificación de Guamote un nutrido grupo de blancos y mestizos voluntarios provenientes de Tixán <sup>25</sup>.

### *Las expediciones al Marañón*

Ante las continuas noticias sobre las incursiones portuguesas a tierras de la colonia española en la zona del Marañón, el presidente de la Audiencia de Quito y alto conocedor en el tema de límites, don Joseph Diguja, despachó misiones armadas en calidad de expediciones de guerra hacia esa región selvática, siendo cuatro las rutas que usualmente tomaban hacia aquella región: por el río Napo, por el río Pastaza, por las provincias de Loja y Jaén y el camino recorrido por las provincias de Guayaquil y Piura <sup>26</sup>. En marzo de 1777 fue despachada desde Quito la Escolta de Maynas con 13 hombres, 100 hachas de cuatro libras cada una, 100 machetes de tres libras cada uno, tres arrobas de pólvora, 16 fusiles, 500 balas de fusil y 500 piedras de chispa. Todo este contingente estaba a órdenes de un sargento y éste a su vez se subordinaba al gobernador de Maynas, don Juan Francisco Gómez de Arce <sup>27</sup>.

Entre los artículos que contenía el Tratado en mención, se debía nombrar comisarios para la fijación de límites. Por el lado hispano, esta Comisión del Marañón fue encargada al virrey de Nueva Granada, don Manuel Antonio de Flores y éste a su vez nombró al siguiente grupo:

- Ramón García de León y Pizarro, primer comisario





- Ingeniero militar Francisco de Requena y Herrera, ayudante
- Capitán de milicias Felipe de Arechua, segundo comisario
- Apolinar Diez de la Fuente, astrónomo
- Teniente Juan Manuel Benítez, tesorero
- Sargento mayor Joaquín Fernández del Busto
- Cadetes Juan Salinas y Nicolás Aguilera
- Mariano Bravo, capellán
- Manuel Vera, cirujano
- Subteniente Gaspar Santisteban, secretario
- José Cartagena, dibujante
- 5 cabos
- 45 soldados
- 24 trabajadores, entre cocineros, herreros, dibujantes y carpinteros
- 180 canoeros indígenas
- 2 negros libres en calidad de capitanes de conquista (Francisco de Rojas y Juan de Silva)<sup>28</sup>.

Otros veteranos y milicianos que se desplazaron al Marañón en fechas diferentes fueron: el coronel Antonio Citeli, capitán Antonio Sánchez<sup>29</sup>, teniente Pablo Martínez<sup>30</sup>, subteniente Nicolás Aguilera<sup>31</sup>, subteniente Juan Salvador<sup>32</sup>, cadete Joaquín de Maruri, sargento Luis Lloret<sup>33</sup>, entre otros.

En realidad quien dirigió la Cuarta Partida al Marañón fue Requena. Salió desde Quito el 10 de enero de 1780, junto a un limitado equipo técnico y soldados de las compañías fijas de Quito y Guayaquil y llegó al Marañón a inicios de marzo, luego de haber atravesado Papallacta, Baeza, Quijos, Archidona, Santa Rosa (hoy Puerto Napo), río Napo aguas abajo hasta llegar a San Joaquín de Omaguas, la capital amazónica de Maynas. Este había sido el camino recorrido por Orellana dos siglos atrás.

Meses más tarde ascendió a teniente coronel, pero su nuevo grado no le eximió de cumplir múltiples funciones debido a la ausencia de personal técnico. En toda esta misión, recorrida más de 2.000 kilómetros, inicialmente la conformaron cerca de 300 hombres, regresaron apenas 17 sanos<sup>34</sup>.

En 1794, luego de que Requena se retiró de la Comisión, el presidente Carondelet despachó el 10 de octubre de 1799 dos compañías sueltas de milicias de Quito con destino a Jaén de Bracamoros. Esta tropa de 176 hombres estaba compuesta por:

- 2 capitanes
- 2 subtenientes
- 4 sargentos
- 20 cabos
- 148 soldados

Haciendo mención a los oficiales de las compañías de milicias disciplinadas de Infantería de Jaén de Bracamoros, el primer comandante era el capitán León Gutiérrez de Matos y el segundo, capitán Juan José Núñez<sup>35</sup>. De éste se decía que no sabía leer y apenas escribía su nombre, ya que es muy notorio por su firma en los documentos de la época. Los oficiales de menor jerarquía que prestaron servicios en la mencionada guarnición eran los subtenientes Eduardo Bravo<sup>36</sup> y Domingo Barrantes<sup>37</sup>. Quien no fue incorporado a esta misión fue el teniente Julián Román, se le detuvo el despacho «por inepto para oficial, dado al vicio de embriaguez y ser muy pobre»<sup>38</sup>.

Para 1801, las guarniciones de Maynas pasaron a formar parte de la Cuarta División de Límites del Marañón. Dado que su personal debía ser reemplazado de forma periódica, fueron reclutados jóvenes sin oficio entre los 16 y 38

años, la mayoría oriundos de Quito y Tumbaco. Un año más tarde escribieron su presencia en esas tierras los siguientes oficiales: capitán Joaquín Arbayza<sup>39</sup>, teniente Agustín Córdova y los subtenientes Blas Ruiz y Gregorio Zelis Saldaña. De su trabajo, don José Ignacio Checa, en su informe de revista de comisario<sup>40</sup>, decía que la tropa tenía una calidad regular, mediana disciplina y que los oficiales carecían de instrucción necesaria.

Entre otras penalidades, tales como los naufragios, los combates con los indios de la región, la escasez y mala calidad de los víveres y las enfermedades de la región; la muerte y la desertión era cosa de todos los días, lo que daba a entender que estas expediciones no llegaron a tener éxito por las razones y obstáculos ya mencionados, a lo que se sumaba la poca importancia de la Corona española<sup>41</sup>.

### *Jerarquías sociales*

En razón del gran vacío presupuestario y el concepto militar eminentemente defensivo, los milicianos tenían el carácter de «voluntarios», siendo mantenidos por la aristocracia criolla en lo relacionado a uniformes y entrenamiento. El primer uniforme era dotado por la Real Hacienda, de allí que los jefes recibían nombramientos para cumplir funciones duales tanto en lo administrativo como en lo militar, tomando en cuenta que «un oficial de milicias no era un militar». En ciertos casos los gamonales asumían el grado de coronel (rango que para la época era sinónimo de patrón o terrateniente), sus hijos eran los capitanes, sus mayordomos los sargentos y sus peones o siervos, los soldados. Conforme iban evolucionando las circunstancias, se fue reglamentando el acceso a la oficialidad<sup>42</sup>.

En cuanto a la tropa, estaba compuesta por blancos pobres y mestizos de la ciudad y pequeños propietarios de las zonas rurales. Cabe anotar que los indios inicialmente no eran reclutados para las milicias, de ahí la fragmentación de la Colonia que puso en entredicho la definición social encasillada entre la «república de blancos»<sup>43</sup> y la «república de indios»; cosa que cambió años más tarde por la necesidad emergente de cubrir las huecas entre las filas milicianas y las guerras de Independencia.

Ser parte de la oficialidad miliciano era la dicha de ellos y sus familias: el entrenamiento era a tiempo parcial, no tenían que estudiar las ciencias militares, manejaban la situación desde sus casas y sobretodo, se servían del uniforme, del uso del bastón y de la jerarquía para mantener o elevar su estatus social. Aquí el caso del panameño, don Bernardo Roca, un comerciante ubicado en la casta de cuarterón que se instaló en Guayaquil y que por sus triunfos mercantiles fue nombrado comandante del Batallón de Pardos de Milicias Arregladas, por haber costeado de su propio peculio «las banderas del batallón, 200 sombreros perfectamente acabados a la tropa, el uniforme para su compañía y una caja de bronce, por todo lo cual es muy digno de que le ascienda»<sup>44</sup>.

También se veían otros casos similares entre algunos capitanes de milicias: Joaquín Murillo, Miguel Gallo, Ignacio Pintado y Claudio Pavón. De Murillo se sabe que fue guayaquileño, de casta quinterón, y que aportó con 790 pesos para los uniformes de la compañía a la cual pertenecía. En el caso Gallo, fue un mestizo quiteño. De Pintado, fue un mulato limeño que vistió «a sus expensas» a toda su compañía de la cual era comandante. Y sobre



Pavón, corría la voz que era un «mulato oscuro» nacido en Guayaquil<sup>45</sup>.

Como se puede apreciar, el caso de Roca y de los otros oficiales en mención era el reflejo de un ascenso en la escala social que podía darse en Guayaquil, lo que no sucedía en Quito, ya que no existía la flexibilidad social, aún cuando el destacado y generoso miliciano haya sido propietario de cuantiosa fortuna, generoso y de buena voluntad.

### *Los cuerpos de milicias en los albores del siglo XIX*

Con el cambio de siglo, las misiones castrenses no cambiaron de rumbo. Persistían los enfrentamientos entre indígenas y milicianos en razón del peso tributario impuesto a la raza aborígen, asunto que dejaba una ola de indignación entre los dos bandos. Por mencionar un caso: en 1803 se levantaron los indígenas de Guamote y Columbe, matando a un sinnúmero de españoles y demás hombres blancos, inclusive habían «colgado del pescuezo» a un hacendado, don Manuel Arróstegui. Para repeler tal agresión de los naturales, el corregidor de Riobamba, capitán Bernardo Darquea<sup>46</sup>, organizó una compañía de milicias de dragones con 29 efectivos del sector y 39 de Mocha, todos al mando de dos subtenientes, Miguel Suárez y Manuel Pérez de Anda. Y como no podía faltar el correspondiente apoyo de fuego, se integró a la compañía miliciana una batería de artillería con 90 hombres, cuatro cañones y demás pertrechos<sup>47</sup>. Esta primera rebelión indígena del siglo XIX fue repelida con toda la crueldad, habiendo sido aprehendidos y ahorcados los cabecillas indígenas.

Con el mismo propósito de frenar las rebeliones indígenas que rechazaban los tributos, en el Norte se formó la Compañía de Dragones Voluntarios de Otavalo con tres oficiales, dos sargentos, cuatro cabos y 40 soldados. A la cabeza de esta unidad de milicias estaban el capitán José Sánchez de Orellana, teniente José Carrión y el alférez Diego Donoso<sup>48</sup>.

De acuerdo a los informes de don Anastasio Zejudo, Subinspector de Fuerza del Presidente, el Regimiento Infantería de Milicias Disciplinadas de la provincia de Guayaquil era la unidad que mayor número de efectivos tenía entre sus filas<sup>49</sup>. Estaba constituido por la plana mayor, una compañía de granaderos y ocho compañías de infantería. De todo este cuerpo miliciano, la quinta compañía se encontraba de guarnición en Yaguachi, la sexta en Baba, la séptima en Palenque, la octava en Puná y el resto de compañías en Guayaquil. En aquel entonces el regimiento disponía de un total de 897 hombres distribuidos en el siguiente cuadro:

Una plana mayor con 7 oficiales, 1 cirujano,  
1 tambor mayor (cachiporrero) y 7 armeros  
8 capitanes  
6 tenientes  
8 subtenientes  
7 cadetes (Francisco de las Veneras, José  
Herrera, Guillermo Franco, Marcos Avellán,  
José González, Manuel de Aguirre y Felipe  
Rocafuerte y Bejarano)  
27 sargentos  
9 tambores  
108 cabos  
708 soldados

Cierta fecha en la que se realizó una revista de instrucción<sup>50</sup> relacionada con las lecciones de tiro, marchas, giros, formaciones de columna

y batalla; salieron a la luz muchas novedades. Aparte de registros, el ayudante mayor del regimiento, don Antonio Cabra, manifestaba que a la falta de armamento, el manejo de armas se realizaba con fusiles de palo hechos por los propios milicianos. Por otro lado, la asistencia a la instrucción daba mucho que decir: había un tercio de faltos, varios enfermos, desertores y otros ausentes sin licencia; dando un promedio de apenas el 50 por ciento que asistía a la instrucción militar<sup>51</sup>. En este regimiento surgieron algunos nombres que llegaron a tener notable incidencia en los ámbitos militares y políticos: el coronel Jacinto Bejarano, el sargento mayor Francisco de Castro<sup>52</sup> y el ayudante mayor José Gago<sup>53</sup>.

La otra unidad era el Escuadrón de Milicias Disciplinadas de la provincia de Guayaquil. Estaba conformada por cuatro compañías; la primera y la cuarta estaban en Daule, a órdenes del sargento mayor Juan Falquez y la segunda y tercera compañías se encontraban de guarnición en Samborondón, al mando del ayudante mayor Juan Gargallo. Estas compañías se establecieron en aquellas poblaciones porque allí era la residencia del comandante y él era quien mantenía, de sus propios medios, a esos cuadros de milicias<sup>54</sup>.

### *A manera de conclusión*

Si bien, la presencia de las milicias daba cierto aire de seguridad a la comunidad, para sus jefes y oficiales sería una catapulta de ascenso en la sociedad de la época y un «escudo legal» para evadir a la justicia común, gracias al fuero militar.

En la gran mayoría de los repartos milicianos, sus cuadros fueron el resultado de una transición laboral: de patrón –peón a oficial– tropa.

Las milicias quiteñas adoptaron una mejor organización y doctrina con la aplicación del Reglamento para las milicias de Infantería y Caballería de la isla de Cuba, documento elaborado por el conde Alejandro O´Reilly, de allí su nombre para algunos repartos: Milicias Disciplinadas. Empero esto no garantizaba que hayan sido una fuerza bien entrenada y bien dotada de armamento y equipo, pues era visible la ausencia de los milicianos en los días de instrucción militar, la desertión y la escasez de armamento. Había más hombres que armas.

Para el cumplimiento de las misiones asignadas a las milicias, las autoridades estaban concientes de que debían someterse a la instrucción y organización establecidas en el Reglamento de Milicias de Cuba y que serían evaluadas un día específico destinado a la revista de comisario, día en el que cobraban su salario, luciendo vistosos uniformes cuyas prendas fueron descritas y dibujadas por algún ingenioso de la época cuyo nombre se ha perdido con los años. Estas prendas eran: calzón, casaca, chupa encarnada o camisa interior, botones de metal (generalmente dorados), sombrero con galón dorado y escarapela, polainas de lienzo





blanco abotonadas y cartucheras con la grabación de las Armas Reales<sup>55</sup>.

En vista de que la mayoría de tropas regulares provenientes de España tenían su destino final en el Caribe, la Real Audiencia de Quito debió organizar sus propias milicias con el apoyo de los veteranos españoles que se encontraban dispersos. Esto favorecía a la Corona española

en el tema económico, debido a que su organización y abastecimiento eran proporcionados por los hacendados o gamonales que disponían de gente que forme los cuadros de la tropa, de modo que la defensa de estas tierras resultaba ser para España una responsabilidad a muy bajo costo. ∞



## Notas:

- 1 Jorge Núñez, *De la colonia a la república: el patriotismo criollo*, Colección Bicentennial, obra patrocinada por la Empresa Eléctrica Quito S.A., Quito, 2009, pp. 53, 54
- 2 Archivo Nacional del Ecuador, ANE, serie Milicias, caja 2, expediente 24
- 3 En 1764, el conde Alejandro O'Reilly había elaborado el Reglamento para las milicias de Infantería y Caballería de la isla de Cuba. Este documento sirvió de referente para la organización de milicias y milicias y tropa veterana en toda la América hispana. Entre otras cosas, su contenido establecía el número de efectivos de los repartos, asuntos de gobierno y policía, fuero militar, disciplina, penas y castigos, méritos, casamientos y banderas. Juan Marchena Fernández (Coord.), *El Ejército en América antes de la Independencia*, Fundación Mapfre-Tavera, Madrid, 2005
- 4 Diario El Comercio, *La expulsión de los jesuitas*, Quito, 3 de agosto de 2008, p. 13.
- 5 Julio Albi, *La defensa de las indias 1764-1799*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1987, pp. 97, 122. En porcentajes, el coste de un batallón de milicias equivalía al 13.4 % de lo que valía el mantenimiento de un batallón de veteranos, esto permitía explicar que el envío de tropas regulares hacia tierras americanas resultaba muy costoso y «poco indispensable»
- 6 Allan Kuethe y Juan Marchena, *Soldados del Rey, el Ejército borbónico en América colonial en vísperas de la independencia*, Universidad Jaume I, España, 2005, p. 25
- 7 Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Noticias Secretas de América*, edición de Luis Ramos Gómez, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo», Madrid, 1985, tomo I, pp. 211, 130-133. En el caso de las mulas, éstas fueron alquiladas a mitad de precio, su flete de ocho pesos en lugar de 16.
- 8 ANE, serie Milicias, caja 1, expediente 7, 1741
- 9 Archivo General de Indias, AGI, Quito, legajo 574, ff. 581, 584 y 922
- 10 Recordemos que un dragón era un combatiente de a pie y de a caballo, por lo tanto su destreza la demostraba en el buen manejo del sable, pistola y fusil.
- 11 AGI, Quito, legajo 574, f. 622
- 12 Juan Marchena Fernández, *Uniformes del Ejército de América*, Ministerio de Defensa, España, 1989, s/p
- 13 ANE, serie Milicias, caja 2, expediente 1 del 23 de octubre de 1779
- 14 *Ibid.*, expediente 9, revista de inspección del 11 y 17 de mayo de 1781.
- 15 ANE, serie Milicias, caja 2, expediente 1 del 23, de fecha 4 de noviembre de 1779
- 16 Juan Marchena, Juan Carlos Garavaglia, *América Latina: de los orígenes a la Independencia*, Vol. 2, Editorial Crítica, Barcelona, 2005, p. 71
- 17 Segundo Moreno Yáñez, *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito*, ediciones de la Pontificia Universidad Católica, tercera edición corregida y aumentada, Quito, 1985, pp. 57-58. Esta investigación etnohistórica recoge datos de los 12 levantamientos indígenas más sonados: desde el caso de Pomallacta (1730) hasta el levantamiento de Guamote y Columbe, poblados de la Sierra centro (1803).
- 18 *Ibid.*, p. 60
- 19 *Ibid.*, p. 88
- 20 Eduardo Muñoz Borrero, *Los Presidentes de la Real Audiencia de Quito en el Palacio de Carondelet*, en El Palacio de Carondelet, editor general, Jorge Salvador Lara y la Academia Nacional de Historia, imprenta Mariscal, Quito, 1996, p. 15. El teniente coronel Joseph Diguja gobernó la Audiencia entre 1767 y 1778. Se le atribuye un gobierno de comprensión y manos limpias.
- 21 Jorge Núñez, *La defensa del país de Quito*, Centro de Estudios Históricos del Ejército, Vol. 16, Quito, 1999, pp. 74-75
- 22 Moreno Yáñez, ob. cit., p. 175
- 23 Isaac Barrera, *Próceres de la patria*, colección País Secreto, Ministerio de Educación y Cultura, Quito, 1998, p. 61
- 24 Núñez, *La Defensa del País de Quito*, op. cit., p. 82
- 25 Moreno Yáñez, ob. cit., pp. 310, 311, 316. Tixán, parroquia rural de la actual provincia de Chimborazo.
- 26 Enrique Muñoz Larrea, *La ilustración al servicio de España, el teniente general ingeniero don Francisco Requena y Herrera*, Academia Nacional de Historia, colección Testimonio, Vol. 11, editorial Trama, Quito, 2004, p. 89
- 27 ANE, serie Milicias, caja 1, expediente 18
- 28 Manuel Lucena, *La delimitación hispano-portuguesa y la frontera regional quiteña 1777-1804*, en la revista ecuatoriana de historia Procesos, No. 4, Corporación Editora Nacional, Quito, 1993, p. 28. Como una forma de destierro, Eugenio Espejo fue nombrado a la comisión en calidad de médico, pero huyó a Ambato, allí fue capturado pero no fue obligado a integrarse a la Comisión. En cuanto a los capitanes de conquista, eran los encargados de transmitir y hacer cumplir las órdenes a los indios y solucionar los problemas que se presentaban con las embarcaciones.

- 29 AGI, Quito, legajo 574, f. 263. El capitán Antonio Sánchez, venezolano, noble y robusto, vino desde Panamá hasta Quito con las compañías fijas y fue al Marañón en la expedición de guerra contra la nación portuguesa.
- 30 Enrique Muñoz, ob. cit., p. 97. El teniente Pablo Martínez, venezolano, prestó servicios en el Real Cuerpo de Artillería de su país, luego pasó a Panamá y después a Quito. Participó en la represión a las sublevaciones indígenas de Latacunga y Otavalo y luego a la expedición al Marañón.
- 31 AGI, Quito, legajo 574, folio 553. El subteniente Nicolás Aguilera, quiteño, noble y robusto, participó en la expedición militar al Marañón conduciendo los caudales de las Cajas Reales y luego prestó servicios en las compañías veteranas de Quito, su ciudad natal.
- 32 Enrique Muñoz, ob. cit., p. 97. El subteniente Juan Salvador, español, permaneció ocho meses en el Marañón.
- 33 AGI, Quito, legajo 574, folio 928. El sargento Luis Lloret vino desde Panamá con el batallón Nápoles, para la pacificación de Quito y luego al Marañón.
- 34 Eric Beerman, *Francisco Requena: la expedición de límites, Amazonía 1779-1795*, Compañía Literaria, Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Madrid, 1996, pp. 19-20, 28-31.
- 35 ANE, serie Milicias, caja 4, expediente 5. Al año 1800, el capitán Juan José Núñez de Rioja tenía 57 años y era natural de Santiago de las Montañas, con su salud quebrantada, inició su carrera militar en 1796 que apenas duró 6 años. En cuanto al capitán León Gutiérrez, murió cumpliendo sus deberes en el Marañón, en diciembre de 1799.
- 36 *Ibid.*, el subteniente Eduardo Bravo, natural de Loja, prestó servicios en Jaén de Bracamoros por varios años, incluso allí ascendió a capitán, omitiendo el grado de teniente. Se retiró de las milicias en 1808.
- 37 *Ibid.*, el subteniente Domingo Barrantes era natural de Cajamarca. Inició su carrera en las compañías de Jaén de Bracamoros a los 50 años de edad. Fue separado del servicio en 1806, por haberse casado con «persona desigual a la suya».
- 38 *Ibid.*, serie Milicias, caja 3, expediente 26.
- 39 *Ibid.*, serie Milicias, caja 4, expediente 13. El capitán Joaquín de Arbayza era natural de Cajamarca. En sus 16 años de servicio, registra el haber combatido la rebelión de José Gabriel Túpac-Amaru en 1781.
- 40 Guillermo Cabanellas de Torres, *Diccionario Militar aeronáutico, naval y terrestre*, editorial Claridad, Argentina, 1961, Vol. V, p. 551. Revista de Comisario, era la inspección mensual que se pasaba a la tropa formada con su armamento, cuyo objetivo era comprobar la existencia de los soldados pertenecientes a ese reparto para luego proceder a la liquidación de sus haberes.
- 41 Enrique Muñoz, ob. cit., pp. 107. Diario de Requena durante su viaje al río Japurá, día 2 de marzo de 1782.
- 42 Marchena, Garavaglia, ob. cit., p. 70, 310.
- 43 Núñez, La Defensa del País de Quito, ob. cit., p. 72.
- 44 AGI, Quito, legajo 574, f. 683. La hoja de vida de Bernardo Roca no define su participación en acciones de armas, incluso en el concepto de valor, se lee como «no conocido»; sin embargo los otros conceptos equilibran su condición de comandante de batallón: aplicación, mucha; capacidad, grande; conducta, sobresaliente y de salud, robusta. La hoja de vida está firmada por el gobernador de Guayaquil, don Ramón García de León y Pizarro.
- 45 *Ibid.*, hojas de servicio, ff. 684, 687 y 689.
- 46 ANE, Fondo Especial, caja 171, Vol. 404, expediente 9010. Bernardo Darquea fue oficial de milicias que inició su carrera como teniente interino en 1779. Fue ascendido en Quito al grado de capitán, para luego trasladarse a Guayaquil, recibiendo este grado con despacho Real en 1796.
- 47 *Ibid.*, serie Milicias, caja 4, expediente 15.
- 48 *Ibid.*, expediente 17.
- 49 ANE, Fondo Especial, caja 171, Vol. 404, expediente 9410.
- 50 Cabanellas, ob. cit., p. 551, Revista de Instrucción se refiere a una inspección de la autoridad competente para examinar el estado de la instrucción militar de la tropa, así como también la situación administrativa.
- 51 ANE, Fondo Especial, caja 171, Vol. 404, expediente 9410-1, Guayaquil, 1 de enero de 1803.
- 52 *Ibid.*, Francisco de Castro inició su carrera militar por los tres grados de la tropa: soldado, cabo y sargento. En 1773 ascendió a teniente veterano, en 1783 fue ascendido a capitán y en 1789 fue ascendido por S.M. a sargento mayor.
- 53 *Ibid.*, José Gago inició la carrera de las armas en la tropa, hasta que en 1793 fue ascendido por S.M. a ayudante mayor.
- 54 *Ibid.*
- 55 Juan Marchena Fernández, *Uniformes del Ejército de América*, ob. cit. El color dominante era el azul. Los dragones salían un poco del contexto general de la imagen, más por las armas que portaban, fusil y sable.



### *Fuentes manuscritas*

ANE, Archivo Nacional del Ecuador. Serie Milicias, cajas 1, 2, 3 y 4. Fondo Especial, cajas 171

AGI, Archivo General de Indias, Sevilla España. Legajo Quito, 574

### *Bibliografía*

Albi, Julio, *La defensa de las Indias (1764-1799)*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1987

Barrera, Isaac, *Próceres de la Patria, lecturas biográficas*, editorial ecuatoriana Plaza de San Francisco, Quito, 1939

Beerman, Eric, *Francisco Requena: La expedición de límites. Amazonía 1779-1795*, Compañía Literaria, Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Madrid, 1996

Cabanellas de Torres, Guillermo, *Diccionario Militar aeronáutico, naval y terrestre*, editorial Claridad, Argentina, 1961

Diario El Comercio, «La expulsión de los jesuitas», Quito, 3 de agosto de 2008

Juan, Jorge; Ulloa, Antonio, *Noticias Secretas de América (1735-1745)*, edición crítica del texto original de Luis Ramos Gómez, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo», Madrid, 1985, tomos I y II

Kuethé, Allan, Marchena, Juan, *Soldados del Rey: El Ejército borbónico en América colonial en vísperas de la independencia*, Universitat Juame I, España 2005

Lucena, Manuel, «La delimitación hispano-portuguesa y la frontera regional quiteña 1777-1804», artículo de la revista ecuatoriana de historia *Procesos*, No. 4, Corporación Editora Nacional, Quito, 1993

Marchena, Juan (Coord.) *El Ejército en América antes de la Independencia*, Fundación Mapfre-Tavera, Madrid, 2005

Marchena, Juan, *Uniformes del Ejército de América*, Ministerio de Defensa, España, 1989

Marchena, Juan; Caravaglia, Juan Carlos, *América Latina: De los orígenes a la independencia*, Vol. 2, editorial Crítica, Barcelona, 2005

Moreno Yáñez, Segundo, *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito*, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, tercera edición corregida y aumentada, Quito, 1985

Muñoz, Enrique, *La ilustración al servicio de España, el teniente general ingeniero don Francisco Requena y Herrera*, Academia Nacional de Historia, colección Testimonio, Vol. 11, editorial Trama, Quito, 2004

Núñez, Jorge, *La defensa del país de Quito*, Centro de Estudios Históricos del Ejército, Vol. 16, Quito, 1999

Núñez, Jorge, *De la Colonia a la República: El patriotismo criollo*, Colección Bicentenario, Quito, 2009

Salvador Lara, Jorge (dirección editorial), *El Palacio de Carondelet*, imprenta Mariscal, Quito, 1996